
POR VIA DE PROLOGO

El licenciado don José Lorenzo Cossío, mi amigo, ha tenido la singular idea de resumir la historia de México en este folleto de cien páginas. El pequeño volumen, que con cuidado de ensartador de perlas y paciencia de beneditino elaboró Cossío, demuestra dos cosas, que no por sabidas son menos dolorosas: que hubo gentes que durante trescientos años se aplicaron a formar la ciudad que con su frase abundosa llamaba el obispo Balbuena;

De honor el reino, de virtud la esfera,
De honrados patria, de avarientos oro,
Cielo de ricos, rica primavera,

Pueblo de nobles, consistorio justo,
Grave senado, discreción entera,
Templo de la beldad, alma del gusto,
Indias del mundo, cielo de la tierra;

y que en el espacio de menos de medio siglo habían de dilapidar, y destruir ese tesoro los criollos pródigos e indolentes y los mestizos peritos en las artes de Bártulo y Baldo al mismo tiempo que en las de baldeo y rodancho, es decir, que lo mismo sabrían forjar un buen pronunciamiento que una ley humanitaria y excelente que engordara los bolsillos de los autores, sus familias o sus amigos.

En esta triste historia que destila lodo y vergüenza —condición es de las llagas “no dejarse manejar sino con dolor y con sangre”—, Cossío va con la intrepidez de un cirujano diestro, más bien dicho, con la serenidad de un anatomista tranquilo y seguro, mostrando el mecanismo de nuestras revoluciones, la razón de nuestras caídas, el proceso de nuestra vida; pero no en la forma que conocíamos de elegantes tiradas, de proclamas belicosas, de exquisitas y bien combinadas síntesis, sino en la más concisa, más árida y más irrefutable de los números.

Aquí aparecen las claves de los nobles ideales de los amantes de la libertad y de los defensores de los derechos del hombre, convertidos en escrituras públicas, en garantías, en imposiciones, en reconocimientos, en hipotecas nunca exigidos ni pagados.

El secreto de la riqueza de muchas familias, la prueba de la integridad de muchos políticos, la firmeza de muchas ideas, la razón de muchas leyes se miran de resalto en estas páginas en que no hay pasión, ni ternura, ni odio, ni buena ni mala voluntad: sólo hay un proceso lentamente elaborado en que se prueba la alquimia de algunas almas, que aunque van perdiendo el brillo que les atribuyó el jacobinismo del siglo pasado, conservan para ciertas gentes prestigios que se figuran inmarcesibles.

México podía ser una de las ciudades en que se exclamara lo que de los asilados del Hospicio de Guadalajara decía cuarenta años hace el Duque Job: “Qué ricos son estos pobres”. Podía tener becas, bolsas de viaje, pensiones, universidades, institutos en que se investigara la forma de prolongar la vida humana, de mejorar o de modificar nuestra idiosincrasia racial. Podía haberse extendido la instrucción primaria al grado que no

existiera el espantoso analfabetismo, bandera de tantas revoluciones, causa de tantos discursos demagógicos, explicación de tantas calamidades, si se hubieran respetado los bienes que a la instrucción y a la beneficencia legaron muchísimos varones patriotas, muchas gentes de bien que querían dejar alguna huella de su paso por el mundo.

No nos dice el licenciado Cossío, aunque de seguro lo sabe, el paradero de los millones que dilapidaron la independencia y la reforma; pero dos o tres rasgos de los que apunta son verdaderamente edificantes.

Se levantó con la piedra de iglesia del Hospital de San Andrés, la casa número 10 del callejón de Santa Clara, hoy número 11 de la 1a. de Motolinía, que fue propiedad de don Juan José Baz, Gobernador del Distrito, que había destruido el templo.

El terreno donde están el Casino Español y casas contiguas (Hospital del Espíritu Santo), se donó a don Vicente García Torres, propietario de “El Monitor Republicano”.

La manzana del Hospital Real se adjudicó a don Ignacio Cumplido, dueño del “Siglo XIX” (no defendían de balde los héroes del libre pensamiento los grandes principios de la revolución), en \$ 93,240, pagaderos en especie el 25 por ciento, y el resto en bonos de la Deuda Pública, que valían el 8 y 10 por ciento.

La manzana en que está la iglesia de la Santísima, se dividió en lotes, para obtener los cuales en efectivo se entregaron \$ 4,434.64, y el resto en créditos contra el erario.

El Hospital de Terceros se vendió a don Justo L. Carresse en \$ 75,000, habiéndose pagado \$ 27,834.65 en créditos procedentes de la ocupación de la conducta de Laguna Seca, \$ 30,000 en títulos de la deuda pública que se debían hacer efectivos al 10 por ciento, y \$ 22,146.54 en dinero efectivo.

El inmenso terreno del Hospicio de Pobres se traspasó a diferentes fábricas extranjeras en algo más de \$ 60,000, de los cuales buena parte debe de haber sido pagadera en bonos, pues casi todas fueron ventas de las llamadas convencionales. Ahora ese predio vale algunos millones.

Los \$200,000 de la Casa de Cuna desaparecieron sin dejar huella.

Los gobiernos que tuvieron por misión el "hacernos justos y felices", dispusieron de \$ 859,776 pertenecientes a la Escuela de Agricultura.

El magnífico edificio del Colegio de las Inditas se adjudicó en pago de los sueldos al immaculado (?) licenciado don Benigno Márquez.

La llegada oportuna del general Díaz al poder, impidió que consumara el "austero y sencillo" Ministro Peña la disposición que privaba al Colegio de las Vizcaínas de todos sus bienes.

El rector del Colegio de San Ildefonso, don Sebastián Lerdo de Tejada, vendió a su compadre, el despensero don Macedonio Ibáñez, con aprobación de don Miguel, hermano del Rector y Ministro de Hacienda a la sazón, las casas que servían para mantener a los educandos, en cantidad de \$ 64,000.

Y esto sólo en el Distrito Federal, donde se adjudicaron a especuladores ciento ochenta y tres casas y catorce haciendas de la Instrucción Pública, y doscientas catorce casas y tres fincas rústicas de la Beneficencia. ¿Cuánto darían ahora quinientas casas situadas en lo mejor de la ciudad, y diez y siete buenos ranchos?

A miles de millones ha de haber llegado lo que distribuyeron con larga mano los Beneméritos de América, los que tenían "un sol por cerebro", y otros menos ilustres y famosos que acabaron con lo que pertenecía a los humildes y a los necesitados de alimento intelectual y de asistencia en sus dolores.

En cada ciudad, en cada lugar importante, a veces en cada pueblo y en cada aldea, había un benefactor que se acordara de los niños ignorantes, de los miserables enfermos y les dejara cantidades que creía se habían de traducir en instrucción y en mejoramiento de la especie. Yo debo el haber aprendido a leer, a dos paisanos míos, don Manuel Mazuca y don José María de Alva, español el uno y criollo el otro. Y mi pueblo era tan corto —7,000 habitantes escasos— que no se podían costear en él escuelas particulares.

¿Qué revolucionarios enemigos de la superstición, qué "despreocupados", qué "manos vivas" se habrán apoderado de lo que constituía esos bienes de "manos muertas"? Ellos o sus descendientes han de estar ultrajando la memoria de los dominadores gachupines que no fundaron escuelas, y doliéndose del 70 por ciento de iletrados que poseemos debido a las dictaduras.

¿Y cuánto sería lo que importaban los capitales de obras pías, de dotes de monjas, de capellanías, de altares privilegiados, de camas en hospitales, de cátedras en colegios? Algún día lo dirá la historia, que suele hablar, aunque hable tarde.

El opúsculo de Cossío hace pensar que quizás hayamos sido injustos con la revolución actual todos los que la combatimos. No ha hecho más que continuar la obra de las otras y seguir la ineludible ley histórica que hace setenta y cinco años había trazado don Luis G. Cuevas. La independencia se hizo para despojar a los españoles ricos; la reforma para quitar lo suyo a los pobres, al pueblo analfabeta y a los clérigos; ésta se ejecutó para arrebatar lo que habían acumulado la industria, el comercio... y la desamortización.

Bella frase es la frase de Montaigne: "Sachons gré au ciel de nous avoir fait naître dans un siècle non mol, languissant, ni oisif", pues vamos viendo y palpando tantas cosas que habían permanecido ocultas y que ahora se descubren muy oportunamente, pues nunca llega a destiempo la verdad.

Yo felicito a mi amigo Cossío que ha aplicado sus ratos de ocio —que al revés de los del caballero manchego son los menos del año, a esta tarea de esclarecer cosas que no se conocían o se conocían mal.

Si él u otro investigador con más tiempo y vagar examinaran protocolos de notarios, colecciones de periódicos, diarios de debates en cámaras y congresos, y correspondencias particulares, quedaría escrita una historia de México que ahora se ignora porque sólo sabemos lo que han querido darnos las interpretaciones, no siempre desapasionadas ni discretas, de los que han tomado sobre sus hombros hacernos conocer hechos pasados.

VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

DOS PALABRAS

El deseo de estimar y apreciar la orientación de los gobiernos, de los gobernantes y de los individuos, me ha impulsado a revisar muchos documentos y publicaciones de los que he tomado apuntes que me han servido para mis estudios, unos publicados y otros no.

Los apuntes que contiene este folleto han traído a mi espíritu apreciaciones que no he querido consignar porque tal vez resultarían demasiado duros y por eso es que sólo relato hechos para que cada uno haga los comentarios y deducciones que más cuadren a su criterio.

México, mayo de 1926.

JOSE LORENZO COSSIO.